

□

GILES TREMLETT

LIBRO DE HISTORIA

CATALINA de ARAGÓN

REINA DE INGLATERRA

CRÍTICA

Índice

- Portada
- Dedicatoria
- Cita
- Nota del editor
- Mapa
- Árboles genealógicos
- Introducción
- 1. La cama
- 2. Reina
- 3. Nacimiento
- 4. Prometida en matrimonio
- 5. Infanta
- 6. Princesa de la Alhambra
- 7. Adiós
- 8. Tierra
- 9. Exhibida
- 10. Nupcias
- 11. Silencio y tristeza
- 12. Vida de casada
- 13. El hermano de mi marido
- 14. Sacadme sangre
- 15. Engañada
- 16. Confesiones
- 17. Embajadora
- 18. Casada de nuevo
- 19. La reina de la fiesta
- 20. Un heredero
- 21. Maternidad
- 22. Política de alcoba
- 23. Guerra
- 24. Y paz
- 25. Hijas
- 26. Una pareja para María

27. El hijo de mi hermana
 28. Infertilidad e infidelidad
 29. Bastardo
 30. Divorcio: el asunto secreto del rey
 31. Virginidad
 32. Enfermedad
 33. Nunca con la madre
 34. Dios y mi sobrino
 35. La reina del pueblo
 36. Espías y disfraces
 37. Desafío
 38. Consejo espiritual
 39. Copulación carnal
 40. La tregua
 41. Veneno
 42. Sola
 43. Las joyas de la reina
 44. Secretos y mentiras
 45. Esa zorra
 46. Una hija «bastarda»
 47. Ahorcado, arrastrado y descuartizado
 48. Prisionera
 49. El terror
 50. Muerte y conciencia
- Epílogo
- Agradecimientos
- Notas
- Bibliografía
- Imágenes
- Créditos

A mis padres, Edward y Berenice Tremlett.

La poesía de la historia radica en el hecho casi milagroso de que otrora, en esta tierra, en este terreno conocido, caminaron otros hombres y mujeres tan reales como lo somos nosotros a día de hoy, con sus ideas, influidos por sus pasiones, pero ahora desaparecidos todos; una generación se desvanece en otra, disipada lo mismo que lo haremos nosotros en breve, como fantasmas al amanecer.

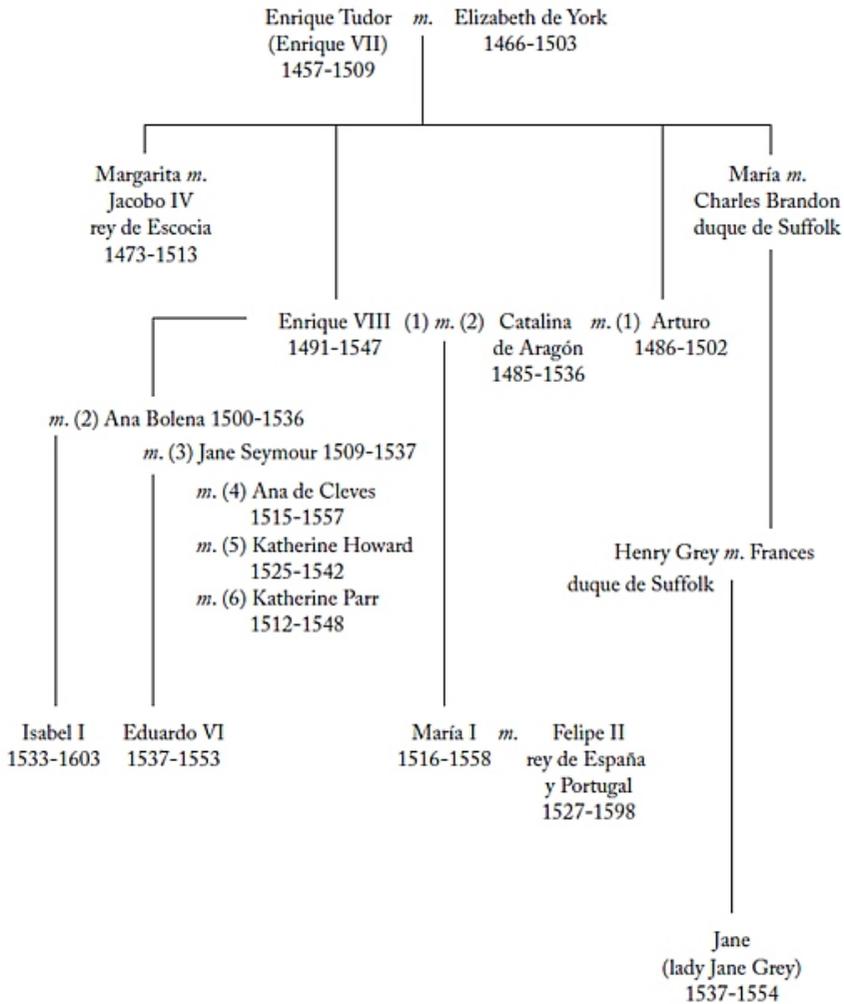
G. M. Trevelyan,
An Autobiography and Other Essays, 1949

Nota del editor

Ante la imposibilidad de acceder a los documentos originales, las citas extraídas de la serie «Original Letters, Illustrative of English History» de Sir Henry Ellis son traducciones al castellano realizadas sobre el documento original en inglés. Los manuscritos originales se podrán encontrar, en su mayoría, en The British Library, Londres.

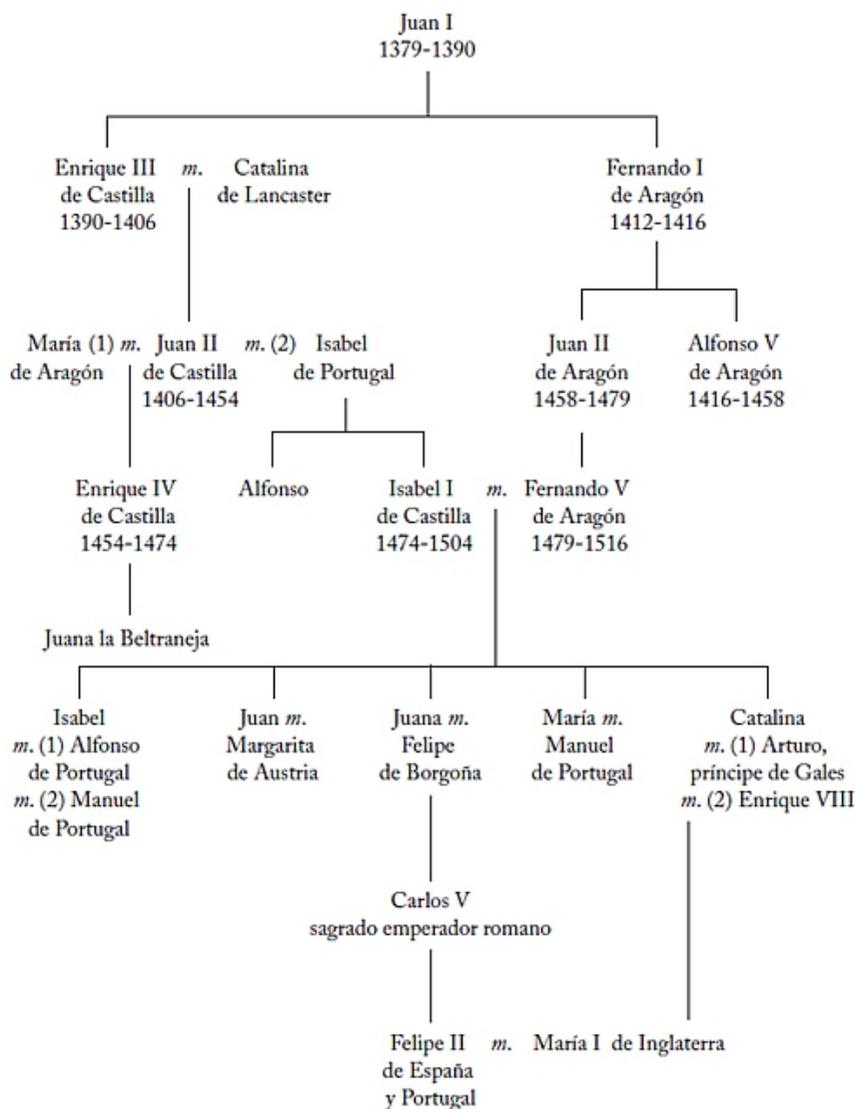
Iberia: reinos y territorios, finales del siglo xv.

LOS TUDOR



Las fechas hacen referencia a los años de nacimiento y muerte.

FAMILIA REAL ESPAÑOLA, CASTILLA Y ARAGÓN



Las fechas hacen referencia a los años de reinado.

Introducción

Catedral de Zaragoza

11 de junio de 1531

Salvador Felipe se hallaba a las puertas de la gran catedral de Zaragoza y empezó a leer en voz alta. Corría mediados de junio de 1531, y el intenso calor veraniego que sustituye a los cortantes vientos del invierno en la llanura central del Ebro debía de empezar a afianzarse. La catedral estaba abarrotada por la misa matinal del domingo, y Felipe probablemente contaba con un público numeroso cuando alzó su voz para nombrar a Enrique VIII, el rey de Inglaterra. El monarca, anunciaba Felipe, había sido citado ante un tribunal de la ciudad. Si quería escuchar lo que decían los demás sobre él, Enrique debía personarse en el claustro de la catedral el miércoles siguiente. Si el rey no quería acudir en persona, podía enviar a un representante legal.¹

La citación era un hecho extraordinario. Los monarcas no eran la clase de gente a la que se arrastra en contra de su voluntad ante los tribunales eclesiásticos. Incluso en un lugar tan lejano, la población sabía que el rey de Inglaterra era cualquier cosa menos corriente. Su nombre ya era conocido entre las gentes de la ciudad cabeza del reino de Aragón. Al fin y al cabo, estaba casado con la mujer que introdujo el nombre del reino en la historia de Inglaterra: Catalina de Aragón. Esta había abandonado su tierra natal hacía largo tiempo, pero la gente no había olvidado que era hija de dos grandes monarcas españoles: Fernando de Aragón e Isabel de Castilla.

Ahora, Catalina se encontraba en el centro de uno de los mayores escándalos que circulaban por toda Europa. Enrique ya no quería a su mujer de veintidós años. Por el contrario, deseaba a una inteligente y ambiciosa inglesa llamada Ana Bolena. Enrique estaba haciendo todo cuanto estaba en su mano para deshacerse de Catalina, pero su esposa estaba demostrando ser un oponente formidable. Catalina se había plantado. Estaba luchando por sus derechos conyugales con inteligencia y, sobre todo, con una férrea obstinación.

Ese era el motivo por el que Miguel Jiménez de Embún, abad de la poderosa abadía cisterciense de Veruela, situada a ochenta kilómetros, a los pies del imponente Moncayo, había convocado al tribunal. Actuaba a petición de Paolo Capizucchi —presidente del tribunal de apelaciones vaticano de la Rota— y, en última instancia, del Papa. Su tarea consistía en recabar pruebas y dar su opinión acerca de lo que en Inglaterra ya venía en llamarse el «gran asunto». No se trataba de un divorcio como lo conocemos hoy, aunque muchos utilizaban ese término para describirlo. Más bien era un intento por lograr que el Papa declarara ilegítimo el matrimonio de Catalina desde el principio. La determinación de Enrique de zafarse de un matrimonio que tenía tanto que ver con la política europea como con cualquier otra cosa fue acogida con indignación por algunos españoles. Después de todo, había sido una esposa y reina consorte modélica. Su marido incluso había dejado el reino en sus manos mientras combatía en Francia. Como reina regente en su ausencia, había infligido una histórica derrota a sus enemigos escoceses.

Pocos se habrían compadecido más de Catalina que aquellos que escuchaban a Felipe, heraldo del tribunal, en Zaragoza. Los atractivos muros decorados de la catedral, con sus baldosas de cerámica azul, turquesa y verde incrustadas en ladrillos mudéjares con elaborados motivos, eran una prueba de la riqueza e importancia de la ciudad. Zara-

goza se encontraba a orillas del ancho y rápido Ebro y en el epicentro del reino en su día gobernado por su padre. Catalina pertenecía al linaje más ilustre de España. Su madre, la poderosa y pía reina Isabel, había sido monarca por derecho propio de un reino de Castilla cada vez más extenso. Sus padres habían conquistado los últimos vestigios de la España mora y unido sus reinos para crear un nuevo y poderoso país. Tras la muerte de Fernando e Isabel, el gobernador era Carlos, el sobrino de Catalina, que llevaba el grandilocuente título de Sagrado Emperador Romano y cuyas tierras se extendían por toda Europa. Con este pedigrí, Catalina no era una mujer a la que pudiera abandonarse a la ligera. Tampoco era de las que permitían que las arrojaran bruscamente al montón de la basura matrimonial. Su tenaz defensa ya había conseguido que el caso se trasladara de un tribunal de Inglaterra a Rota. De hecho, había impedido que Enrique obtuviera su «divorcio» durante los últimos cuatro años.

Salvador Felipe leyó en voz alta la citación en latín, y después una traducción en español. Entonces colgó el preciado documento original en la puerta de la catedral. Al cabo de una hora lo arrancó, lo sustituyó por una copia y se fue. Con esto, las formalidades legales habían finalizado. Si el rey inglés no aparecía —y, en cualquier caso, le era imposible hacerlo con tres días de antelación—, comenzarían sin él. Las pruebas se centrarían inevitablemente en la vida sexual de la reina cuando era joven. Este era un elemento clave de toda la cuestión.

Zaragoza no era el único lugar en el que se estaba evaluando el matrimonio de Catalina. Dos años antes ya se había celebrado una famosa y dramática vista en Blackfriars, Londres. Allí, los testigos ingleses respaldaron a su rey contra Catalina. Según afirmaban, era imposible que hubiese conservado la virginidad durante sus cinco meses de matrimonio con Arturo, el hermano mayor de Enrique, que la dejó viuda cuando tenía solo dieciséis años. El hecho de

que su mujer se hubiese acostado con su hermano era suficiente, en palabras de Enrique, para demostrar que su matrimonio era ilícito ante los ojos de Dios. Era cierto que el Papa les había concedido permiso por escrito para casarse. Pero se había equivocado. La Biblia, insistía Enrique, lo corroboraba. También le confería libertad —o eso aseveraba— para casarse de nuevo. Su futura mujer, Ana Bolena, esperaba impaciente el día de su boda.

No obstante, en Zaragoza se decía algo totalmente distinto. Los testigos incluían a gente que tres décadas antes había acompañado a Catalina cuando tenía quince años en su aterrador viaje por mar desde el norte de España hasta Plymouth para unirse a su futura familia. Su testimonio completo, transcrito en latín y enterrado en un pergamino que permaneció en el archivo del monasterio durante siglos, no ha estado disponible o ha sido en buena medida ignorado hasta ahora.² El original de cien páginas —o al menos la copia que conservaba el monasterio— fue trasladado a Madrid en el siglo XIX y ha estado en el archivo de la Real Academia de la Historia desde entonces. Al parecer, es el único documento que ha sobrevivido de lo que declararon los testigos de Catalina, aunque se sabe que fueron interrogados en otros lugares,³ en el denominado proceso de divorcio.

Las voces del manuscrito cuentan una historia distinta de la narrada por los testigos ingleses. En sus versiones de los acontecimientos, la primera noche de bodas de Catalina fue un desastre. El robusto y joven Arturo, que según los ingleses salió con aire arrogante de su dormitorio por la mañana, rebosante de orgullo adolescente, es transformado en un quinceañero enfermizo y traumatizado. Los españoles vieron a un muchacho abrumado por no haber podido cumplir las poderosas obligaciones conyugales, sexuales y dinásticas presentes en aquel gran lecho nupcial.

Por supuesto, es posible que aquellos españoles mintieran o maquillaran la verdad para proteger a su estimada princesa. También es posible que no lo hicieran. Sea como fuere, pudieron mentir tanto o tan poco como los testigos de Inglaterra. Esto hace de sus declaraciones algo tan válido como las de quienes afirmaban que se habían topado con un exultante Arturo pidiendo cerveza para saciar la sed de una dura noche de sexo. Sus palabras no ofrecen una inclinación definitiva, pero sí añaden algunos granos de arena al lado de la balanza en el cual suele calibrarse a Catalina. Esa balanza mide si era la víctima piadosa de un marido cruel y egoísta o una mentirosa consumada oculta tras una apariencia presuntamente angelical. Los juicios a su persona han oscilado de un extremo a otro durante siglos y todavía dividen a la gente en la actualidad. Una mujer cuya vida y decisiones fueron cruciales para los sangrientos levantamientos religiosos y los cambios revolucionarios que azotaron a la Inglaterra del siglo XVI dejan a pocos indiferentes.

Los testigos españoles también aportan detalles sobre otros acontecimientos de la vida de Catalina. Sus voces se han incluido en el intento de este autor por aproximarse al personaje, al menos inicialmente, a través de su España natal y su familia española y no de los Tudor, sus parientes políticos.

Por supuesto, a Catalina se la puede medir conforme a muchos más baremos que aquel que la juzga sincera o embustera. Los rasgos más importantes de su carácter guardan escasa relación con la honestidad o la falsedad. Lo que importa realmente de ella es la fuerza de ese carácter. Una infancia protegida en el seno de una familia integrada por exigentes mujeres españolas ayuda a entender de dónde proviene todo esto. Catalina fue educada para convertirse en una mujer de profunda e incluso exagerada intensidad. Los complejos e infelices primeros años en Inglaterra, con sus enfermedades constantes, sus problemas alimentarios y las severas instrucciones del Papa para evitar el daño que

causa un ayuno excesivo ofrecen las primeras pistas sobre esa naturaleza. Esas eran las reacciones de una joven perfeccionista que se sentía sola, perdida y poco querida en un país extranjero.

Esa misma intensidad y perfeccionismo explican también su éxito y popularidad como reina consorte y su adopción última de un posible martirio. No podemos saber con certeza hasta qué punto estuvo cerca Catalina de la ejecución y (en sus propias palabras) del martirio. No era la única que creía que la aguardaba un final violento, y Enrique no mostró muchos reparos en decapitar a sus esposas posteriores. No obstante, sí queda muy claro que estaba dispuesta e incluso se sentía complacida de morir por su causa. Para su época, es un ejemplo de pasión extrema, pues en su día la pasión era una cuestión de amor, fe, sufrimiento y, sobre todo, convicción religiosa. Una mujer con los principios y la educación de Catalina habría sabido que el mejor ejemplo de amor incondicional era el que padeció Jesucristo antes y durante su martirio. La «pasión» de Cristo era sin duda algo en lo que Catalina debía de pensar durante sus horas de devoción. Para alguien como ella, no había nada más apasionado o virtuoso que morir por la fe, aunque en el siglo XVI la mayoría de los mártires cristianos pertenecían a un oscuro y distante pasado. Catalina también atesoraba el temple que le habría permitido portar su pacífico desafío hasta el tajo del verdugo. Esas personas son, en casi cualquier momento de la historia, una rareza.

Para este escritor, que no es católico romano, es la intensidad del carácter de Catalina lo que la distingue de los demás. La convierte en mucho más que una víctima pasiva atrapada en el tumultuoso río de la historia. Catalina de Aragón, en pocas palabras, tomaba sus propias decisiones. Era plenamente consciente de las extremas consecuencias que estas podían entrañar para ella y para Inglaterra. Su fuerza radicaba tanto en lo que hacía como en el conoci-